

Prof.

Kalu Mexicana
Rosalina Peralles

158

SABINA BERMAN

Odiseo mira en silencio a su amigo. Va por su abrigo. Toma de arriba de la cornisa el rollo de billetes, toma la mitad, luego de pensarlo otra mitad de la mitad; guarda el resto en su lugar.

En el quicio de la puerta se vuelve a mirar otra vez a Andrés. Por fin sale.

La novela se consume poco a poco.

OSCURO LENTO

14. En la ventana el cielo negro se va aclarando. Andrés abre los ojos. Se pone y camina trastabillando hacia la mesa. Se sienta sobre la mesa. Silencio. . .

En la ventana el cielo aclara un poco más. La luz es como en la víspera del alba. Andrés se levanta. Va con pesadez hacia el librero. Elige de un vasito con lápices una pluma y toma un fajo de hojas limpias. Regresa a sentarse ante la mesa. Coloca los objetos en la mesa y sobre las hojas coloca la frente. Luego, un rato de silencio.

Andrés alza la cabeza. Toma la pluma. Recarga su punta en el papel. Empieza a escribir. . .

En la luz que va blanqueándose hasta ser la luz rotunda del amanecer, Andrés sigue escribiendo. . .

OSCURO FINAL

MMS/15
C.1

1088331

10/2001/2002
S. P. S. S.

El suplicio del placer

1984-1987

Uno

EL BICOTE

El: Varón afeminado.

Ella: Mujer masculinoide.

El y Ella llevan el pelo corto y pintado en un color rojo caoba. Son esbeltos, bellos y elegantes —y lo saben—. Hablan y se mueven con una lenta soltura. Se parecen asombrosamente.

La acción se desarrolla en la sala de una suite. Una mesita en la que está el servicio de té y dos tazas. Dos sillas. Es de mañana.

Al encenderse la luz, Ella, sentada a la mesa, lee el periódico. De cuando en cuando bebe un sorbo de té. Va vestida con pantalones y camisa de seda blancos. El aparecerá luego de un rato, vestido como ella.

El entra por la puerta que comunica con el dormitorio. Se le ve aún adormilado. Se acerca a ella y la besa en la mejilla.

EL:

Buenos días, amor.

Ella asiente. Sigue leyendo. El toma asiento.

EL:

Perdona. La hora quiero decir. Creo que anoche tomé un whisky de más.

Ella voltea la página. El la observa detenidamente.

EL:

¿De mal humor?

Ella niega con la cabeza, sigue leyendo. El no deja de observarla.

EL:

Te noto extraña. Como si algo te faltara o... ¿Es nueva tu máscara?: ¿tu rímel es nuevo?

ELLA:

Tómate tu té. Está servido.

EL:

(Luego de probarlo.) Está frío.

El se levanta con la taza. Va hacia una maceta y allí vierte el té. Regresa a sentarse, empuja la tetera: ya no hay té. La mira con rencor. Observa que el té de su taza aún humea. Ella da un sorbo.

EL:

Ya sé lo que tienes de raro. No traes tu bigote.

Ella baja el periódico.

ELLA:

¿Mi bigote? Por supuesto que no traigo mi bigote. Mi bigote lo traes tú.

EL:

¿Yo?

ELLA:

Mi bigote lo traes tú en tu cara.

El se palpa sobre los labios.

EL:

Ah, sí, disculpa, disculpa.

Ella sigue leyendo. El se ha quedado ensimismado.

EL:

¿Y se puede saber por qué traigo yo tu bigote?

Ella baja de súbito el periódico. Lo dobla enérgicamente. Lo mira con fijeza.

ELLA:

¿Se te olvidó lo de anoche?

El rehúye mirarla.

EL:

¿Lo quieres?

ELLA:

¿Para qué podría quererlo?

EL:

Creí que te gustaba traerlo puesto.

ELLA:

Mientes. Sabes perfectamente que lo uso solamente para no ser importunada. Solamente para eso. Para que no se me acerquen hombres a cortejarme cuando no me da la gana.

EL:

Cierto, cierto, cierto. Lo siento.

Ella desdobra el periódico.

ELLA:

Te lo presté anoche, ¿de veras no lo recuerdas?

EL:

¿La verdad? No tengo el menor recuerdo de anoche.

ELLA:

Sírvete otro whisky.

El va a servirse otro whisky.

ELLA:

Sí, quédate amnésico y luego hazme el favor de fenecer de cirrosis hepática.

EL:

Era... Era bonita, supongo.

ELLA:

Iba bien vestida. Con un vestido de crepé negro, escotado, sin mangas. Tenía los ojos verdes, los labios carnosos... una piel del color de las almendras... Y su cabello azabache, largo, caía sobre sus hombros como... como un relámpago de seda negra.

EL:

¿Y fue a mí a quien le gustó?

ELLA:

De nuevo estás insinuando...

EL:

No, nada, nada. Me duele la cabeza. ¿Hay hielitos?

ELLA:

Eres tan infantil. Ser mujer no me impide disfrutar la belleza de otra mujer. Admiro todo lo bien logrado que cruza ante mis ojos. Una joya hermosamente trabajada; un potro pura sangre; un cielo salpicado de estrellas blancas... Y no necesito llevármelos a casa para disfrutarlos. Lo bello lo contemplo desde lejos... Lo dejo ser... En cambio tú, en cuanto encuentras algo admirable quieres poseerlo, consumirlo, agotarlo.

EL:

Siento haberte dado motivos para estar celosa, cambiemos de tema.

ELLA:

¿Celosa yo? ¿Yo, celosa? ¿Yo, yo, yo, tú crees que yo, podría, algún día, siquiera por despiste, estar, sentirme, remotamente, /

EL:

Cierto. Es impensable, disculpa. Es que a veces me resulta increíble que seas tan liberal. A veces te irrito solamente para comprobarlo, ¿no es cierto? ¿Hay algo sólido para comer?

ELLA:

Está claro que somos dos personas independientes. Nuestro pacto...

EL:

Sí, pero como tú nunca aprovechas nuestro pacto. Soy yo el que siempre... y tú nunca... En fin, mantengámonos superficiales y seremos felices, amor. ¿Hay galletitas?

ELLA:

(Con vehemencia.) ¿Puedes comportarte como un adulto, por favor? ¿Por qué tengo yo que hacer lo mismo que tú? ¿Por qué te sientes inseguro si haces algo por tu cuenta? Somos dos personas, cada cual con sus propios gustos y deseos. Cada quien es libre de hacer lo que le plazca.

EL:

Ay ya, tienes razón, tienes razón, no quise ofenderte.

ELLA:

No quise ofenderte. Nunca me quieres ofender y a cada rato me estás ofendiendo.

EL:

De verdad te pido disculpas.

ELLA:

Y luego te sientes culpable.

EL:

Soy un bobo, ¿qué quieres?, lo siento.

ELLA:

¿De qué sirve que lo sientas?

EL:

Perdóname por piedad.

ELLA:

Una persona independiente no pide perdón por lo que hace.

EL:

Tienes toda la razón, disculpa.

ELLA:

Una persona independiente hace lo que quiere y no pide disculpas porque no tiene remordimientos.

- EL:**
Lo siento.
- ELLA:**
¿De qué sirve que lo sientas?
- EL:**
¡Tienes razón! ¡Disculpa!
- ELLA:**
¡Que no me pidas disculpas!
- EL:**
¡De acuerdo! ¡Perdóname!
- ELLA:**
¡Me sacas de quicio!
- EL:**
¡Lo siento!
- ELLA:**
¡¡Me va a estallar la cabeza!!
- EL:**
¡¡Es mi neurosis!!
- ELLA:**
¡¿Tengo yo que padecerla?!
- EL:**
¡¡¡Me voy a tirar por el balcón para ya nunca contrariarte!!!
- ELLA:**
¡¡¡Cobarde!!!
El se hinca y le implora.
- EL:**
¡¡Perdóname ya!! Por favor... ¿Puedes perdonarme?
Ella le acaricia el cabello.
- ELLA:**
Ya me pasaste tu dolor de cabeza.

- EL:**
No soporto que estés molesta conmigo. ¿Qué haría sin tí? Soy tan débil... Nunca lograré ser una persona independiente sin tu apoyo.
¿Te molestaste otra vez?
- ELLA:**
Me irrita que tengas que mentirme siempre.
- EL:**
Dios, perdón.
- ELLA:**
Sobre todo después de que anoche lograste una seguridad impresionante.
- EL:**
Lo único que logré ayer fue embriagarme hasta perder la memoria.
- ELLA:**
No lo recuerdas pero yo que lo vi te lo estoy diciendo. Era casi ofensivo. Te levantaste de nuestra mesa, te acercaste a la suya, y le presentaste tus atenciones.
El se sienta a escuchar, primero un poco incrédulo, un poco desinteresado.
- ELLA:**
Estabas tan seguro de ti mismo que ni siquiera esperaste a que ella te invitara para tomar asiento.
- EL:**
Seguro le pareció una impertinencia.
- ELLA:**
Qué va. Le encantó tu desenvoltura. Se moría de placer mirándote, apreciando la elegancia de cada uno de tus gestos. Qué "charme", "mon chéri".
- EL:**
Was I really charming?
- ELLA:**
Ah, exquis.

EL:*(Contento.)* If you say so. . .**ELLA:**

Con qué deliciosa arrogancia llamaste al "maitre" y ordenaste: champagne Brut del 52 y, ah, que los músicos toquen a Strauss.

EL:¡No: a Strauss! *(Oculta entre las manos el rostro.)* ¡Dios santo, qué cursi!**ELLA:**

Qué acertado. Te bastó notar cómo ella te miraba embobada para saber que Strauss era el tono.

EL:

Pero a Strauss. . .

ELLA:

Dulce niña. Te veía como desde un sueño. Eres irresistible con el bigote puesto, y lo sabes.

EL:

Pues sí, es un buen bigote, y me queda bien. Me siento seguro con el bigote. Sé que cuando traigo puesto nuestro bigote soy insoportablemente atractivo. Y luego, ¿qué hice después? ¿Fumé?

*Ella irá mimando su relato de manera que actúe como si fuera él y él fuera la morena. Primero prende un cigarro, echa el humo por la nariz.***ELLA:**

Serviste el champagne. Brindaron. Le acariciabas una mano sin dejar de verla. Te reclinaste sobre su hombro desnudo y empezaste a cuchichearle al oído. . .

EL:*(Cuchicheando.)* ¿Qué?**ELLA:***(Cuchicheando.)* ¿Qué?**EL:***(Cuchicheando.)* ¿Qué le cuchicheaba?**ELLA:***(Cuchicheando.)* ¿Qué?**EL:***(Cuchicheando.)* Sí, ¿qué?, ¿qué? ¿qué?**ELLA:**

¡Qué voy a saber yo qué le cuchicheabas! No podía escuchar tus cuchicheos desde la otra mesa.

EL:

No, claro, disculpa. Pero mirabas. . .

*Ella retoma el papel de él. Deja en el cenicero el cigarro, se pone de pie.***ELLA:**

¿Bailamos?

*El acepta la invitación.***ELLA:***(Tomándolo entre sus brazos.)* "El Danubio Azul".**EL:***(Entre risas nerviosas.)* Ay, madre santa: ¡qué cursi! *(Bailan.)***ELLA:**Dulce niña, Te miraba como desde un sueño. ¿Cuándo había estado cerca de un hombre tan refinado? Era una pluma entre tus manos. Tus manos delicadas, tus manos expertas. . . *(Va acariciándole la espalda, los hombros, la cintura, las nalgas). . .***EL:**

Lo viste todo. . .

ELLA:

Bueno, casi todo. El resto sucedió a puerta cerrada.

EL:

¿Quieres decir. . .? Pero. . . si apenas y nos habíamos conocido.

ELLA:

Pues... ¿qué te digo yo?

EL:

¿Pero tan fácil?

ELLA:

(*Luego de sentarse.*) Estaba deslumbrada.

EL:

Ya me imagino su expresión al entrar a nuestra suite.

ELLA:

(*Molesta.*) Fuiste suficientemente delicado conmigo como para no traerla a nuestra suite.

EL:

Sí, claro. Disculpa... Te dejé dormir en paz, tomé otra suite para nosotros, y a ella no le expliqué nada. Cuando me preguntó si era casado, simplemente sonreí y dije: No, no, no.

ELLA:

¿Ya recuperaste la memoria?

EL:

Simple lógica. Le hubiera parecido monstruoso. No existen muchas personas libres como tú y yo, ¿no es cierto? Los demás se exigen una fidelidad absoluta, ¿no es cierto? Se sienten tan inseguros de su propio valor que creen que si su pareja conoce a otro serán abandonados. Por eso los celos. Por eso apreciar a otro es tomado por traición. Dicen: o tú o yo, atados por mil juramentos, o tú solo y yo con otro. Ay, qué alivio ser tú y yo. Libres, refinados, bellos, y con todos los otros al alcance de la mano. Aunque a veces... no sé... a veces... ¿Por qué tuerces la boca?

ELLA:

(*Irritada.*) ¿A veces qué?

EL:

No, nada. A veces me siento culpable de ser tan bello y tan refinado y tan libre y de tener a todos los otros al alcance de la mano.

ELLA:

Oh no. (*Se pone a leer el periódico.*)

EL:

En el fondo soy un socialista... Pero aún más al fondo estoy convencido de que la pobreza no debe combatirse; la pobreza es sublime y los feos son tiernos. Creo que el olor a manzanas podridas y orines rancios de las ciudades perdidas es el olor del alma... Del alma que no me encuentro en el pecho...

ELLA:

(*Todavía leyendo.*) ¿Te doy una aspirina para la cruda?

EL:

Mejor pásame la sección cultural (del periódico).

ELLA:

Sociales o Espectáculos. Este periódico no trae sección cultural.

EL:

La aspirina entonces.

ELLA:

Ve por ella.

EL:

¿Dónde hay? ¿En el baño o en la cocineta?

ELLA:

En una farmacia.

EL:

Puedo llamar al *room service*. (*Pero nada hace.*) (*Pausa.*) ¿Sabes? (*Ella sigue leyendo.*) ¿Sabes por qué mis pequeñas aventuras se me borran de la memoria? Por culpa.

ELLA:

(*Todavía leyendo.*) Bingo.

EL:

Más precisamente, por tu culpa. Porque no son mis aventuras las que me remuerden. Son las tuyas...

ELLA:

¿Las mías? Pero si yo no tengo. . .

EL:

Por eso me remuerden: porque no las tienes. Me predicas las delicias del amor libre, me predicas su valor civil incluso: que es una manera de democratizar a la masa. . . una manera de repartir un poco la belleza, pero tú nunca. . . No te molestes si te lo recuerdo, pero tú nunca te compartes con nadie. Te voy a pedir. . .

ELLA:

(Poniendo a un lado el periódico.) ¿Sí?

EL:

Te voy a rogar. . .

ELLA:

¿Sí?

EL:

Nada.

ELLA:

Coyón.

EL:

Te voy a exigir que por mí, por mi salud mental, de pronto, cuando estemos en público, te quites el bigote, dejes que se te acerque algún galán, y te compartas. Si yo te viera actuar como una mujer liberada no me sentiría mal por las mañanas.

ELLA:

¿Cómo te atreves? ¿Quieres limitar mi libertad pidiéndome que actúe como una mujer libre cuando soy tan absolutamente libre que no necesito actuar como si fuera libre?

EL:

Cuánta lucidez.

ELLA:

El sexo, además, es una actividad sobrevalorada por los espíritus carentes de nivel abstracto.

EL:

No lo había pensado así.

ELLA:

Además tú tienes la culpa de que use el bigote. Si me presentaras como tu mujer. . . si no me dejaras sola para ir a otras mesas. . . Yo no deseo a otros, soy libre de no desearlos y tú me dejas allí sola y ellos me importunan. . . Así que a falta de marido que espante a los galanes, me pongo un bigote.

EL:

Pero te contradices. Desde hace minutos te contradices. Me avientas a estas aventuras y de pronto ahora/

ELLA:

Te aviento para que ganes seguridad y/

EL:

Por eso, pero te contradices.

ELLA:

¿Ah, me contradigo? ¿Y qué quieres que haga?: soy una persona compleja.

EL:

(Maliciosamente.) ¿Has visto cómo te miran las mujeres cuando llevas el bigote? ¿Cómo te sonrien? . . . Eres irresistible con el bigote y lo sabes. Y lo disfrutas.

ELLA:

¿Qué estás insinuando, cariño?

EL:

Pues a veces me das qué pensar. Sólo tienes ojos para las mujeres bellas. Me las señalas, me aconsejas cómo acercármeles. . .

Ella lo mira con fijeza. El se arrepiente de haber dicho lo que dijo.

EL:

No es cierto. Bromeaba. No me mires así. No soporto que me mires así. Es evidente que no te gustan las mujeres. Si no te gustaran

los hombres no te gustaría yo, ¿verdad?, y es evidente que yo te gusto porque soy un hombre.

ELLA:

¿Es evidente?

EL:

¿No es evidente?

ELLA:

¿No es evidente qué?

EL:

Que te gusto porque soy un hombre.

ELLA:

Me gustas. Eso es evidente.

EL:

Dilo completo. Di: me gustas porque eres un hombre.

ELLA:

Ya te dije que me gustas. Estaba leyendo el periódico.

EL:

Dilo palabra por palabra. Di: me gustas porque eres un hombre.

ELLA:

Eso creo que también es evidente.

EL:

Evidente. Sólo para ti es evidente. Yo no puedo verme. No puedo mirarme con mis ojos. Sólo puedo ver qué soy en tu mirada, y cuando me miras así, de arriba a abajo. . .

Ella distrae la mirada.

EL:

No. Veme. Dime qué ves.

ELLA:

No puedes obligarme. . .

El la obliga a sostenerle la mirada.

EL:

Dime, ¿qué ves?

ELLA:

Veo que eres débil. Inseguro. Que no puedes comportarte como una persona independiente de mí. Y aún así me encantas.

EL:

Porque soy un hombre.

ELLA:

Porque no puedes comportarte como una persona independiente. Porque eres débil. Inseguro. Porque me necesitas para saber si eres o no un hombre.

Pausa.

EL:

Tú me hiciste así. Yo no era así antes. Día a día me has ido cambiando. Junto a ti soy nadie. Pero en cuanto me aparto de ti soy otro. Por ejemplo ayer; tú tenías sueño, no querías nada conmigo, así que fui y me conseguí otra mujer. Otra mujer más hembra que tú, más suave, más fresca, más joven. Su cuerpo lentamente desnudo, deberías haber visto a esa dulce niña desnuda frente a mí, mirándome como desde un sueño. Ah, mis manos por su piel tersa. Qué lenta piel, qué suave. Sus senos. Su vientre. Su pubis. Su larga espalda. Su boca esperándome abierta y estremecida. Dulce niña. . . No sabes qué placer dilatarse en caricias. Qué placer sentirla en la red y poder tomarla o dejarla. Su cabello cayendo entre mis dedos, cayendo como. . .

ELLA:

Como un relámpago de seda negra.

EL:

Cuánta libertad; poder tomarla o dejarla. Cuánta libertad. . . La sentí desabotonar mi camisa. . . La dejé besar mi pecho. . . Le bajé el rostro. . . Mi pantalón, dije, ábrelo, con los dientes. ¡Con los dientes dije! Mi sexo. Tómalo. ¡Que me agarres el pajarito, niña! No, lloriqueos, por piedad, no. ¡Vete!, pero lágrimas no. Sentí su mejilla húmeda contra el abdomen, su mano temblorosa, cálida,

entrando entre mi ropa, buscando. . . buscando. . . encontrando. . .
Lo besó. ¡Lo besó! Lo besó, lo besó, lo besó. . .

ELLA:

¿Y entonces?

EL:

Entonces. . . lo besó otra vez, otra vez. . . Y entonces. . .

ELLA:

Nada.

EL:

Nada.

Ella cierra los ojos, se ríe suave.

EL:

La vergüenza. . .

Cambio de luz a otra que sugiera el ensueño.

ELLA:

(Los ojos cerrados.) Buscaba a. . . un ruiseñor. Era otra vez niña. Era un bosque, muy azul. Y yo. . . buscaba. . . ¿Dónde está mi ruiseñor?, le pregunté a un sauce.

EL:

La vergüenza. . .

ELLA:

¿Lo tienes tú, sauce llorón? *(Pausa.)* Ay, está muerto.

Cambio a otra luz de ensueño, oscura. Ambos sentados lado a lado, cansados, inexpresivos, monótonos.

EL:

(Muy suave.) Te odié como nunca he odiado a nadie, como sólo puedo odiarte a ti, como te odio siempre en esos momentos en que sé que tú me has empujado a enfrentarme con el asco de otro, con su infinita lástima.

Los siguientes parlamentos son dichos indistintamente por él o ella. (Cada renglón es una unidad.) Y pueden duplicarse.

EL O ELLA:

(Alternando, sin emoción, sin pausas.) Es un mundo feo. Los otros son feos. Te exigen ser otro. No te quieren como eres. Nadie te acepta como yo. Yo te amo. Tú eres yo. Sólo yo comprendo el dolor de ser como eres. Yo soy tú. Yo me amo en ti. Yo conozco tu vergüenza. Tú eres mi vergüenza. Escóndeme. No vayas con los otros. Vete a comprobar que no te quieren. Sólo yo te quiero. Sólo conmigo puedes mostrarte entero. Llorar así. Así. Sólo yo te quiero. Entiéndelo: sólo yo, sólo yo, sólo yo te quiero. . .

Otro cambio a otra luz oscura y de ensueño. Ambos se arreglan la ropa y el peinado.

EL:

Llorabas mientras dormías.

ELLA:

¿Cuándo?

EL:

Recién ahora, antes de que habláramos.

ELLA:

¿Sí?

EL:

Antes de que te despertara para que habláramos. Entré al dormitorio y en la oscuridad te escuché llorar. ¿Llorabas por mí?

ELLA:

Soñé que era de nuevo niña. Estaba ciega y buscaba a tientas un ruiseñor en el bosque. Luego. . . El sueño se cortó.

El y ella se acarician, mientras entra lentamente la luz diurna.

EL:

Anoche. Anoche fuimos demasiado profundos, mi amor. Nos pone mal eso; a mí, al menos, me descompone, me despeina por fuera y por dentro. Perdón.

ELLA:

Está bien.

EL:

Eres bella. Fría y bella como una diosa de mármol. Te lo había dicho antes, ¿no es cierto?

ELLA:

Alguna vez.

EL:

¿Ayer en la noche?

ELLA:

Ayer en la noche.

EL:

Sí, algo recuerdo. Con el bigote eres de carne, pero aún peligrosa: ¿lo quieres?

ELLA:

No. ¿Para qué? Esta noche no habrá otra mujer que me tienta.

EL:

¿Cómo lo sabes?

ELLA:

Lo sé.

EL:

Cuánta lucidez. Todo lo sabes.

ELLA:

Pero si tú quieres quitártelo. . . Tal vez haya un hombre que te guste y si quieres que se te acerque tienes que quitarte el bigote.

EL:

No. Hoy me gustas tú más que ningún otro hombre. Eres irresistible con el bigote puesto. Póntelo.

El mismo se lo pone. Le acaricia el bigote.

EL:

Como un relámpago de seda negra. . .

Se besan en los labios.

OSCURO

Dos**LA CASA CHICA**

El: Un hombre maduro, obsesionado por su propia importancia, vestido ostentosamente.

Ella: Una mujer de medidas tipo concurso de belleza.

Un departamentito. El espera mientras Ella se arregla ante el espejo. Ella va en una bata.

EL:

¿Ya estás lista?

ELLA:

(Voz desfallecida.) Ya casi.

EL:

¿Qué quiere decir ya casi? ¿Cinco minutos? ¿Dos horas? ¿Una semana? ¿Una centuria? ¿Un milenio?

ELLA:

Ya casi.

EL:

¿Cuántas horas al día pasas frente a ese espejo, eh? ¿No sabes? Claro que no sabes. Tienes un reloj Cartier en la muñeca pero nunca lo miras. Quince rubies, una maquinaria de oro blanco, trabajando inútilmente. ¿Sabes cuánto me costó? No, no sabes. ¿Me preguntaste cuánto pagué por él? No, es de mal gusto. Medir es de mal educados. Los números son una vulgaridad. Que los pobres midan, no tú. ¿Sabes cuánto me cuestan al año? Qué te importa. Eres igual a mi esposa. Desde hace años sabe que la engaño pero mientras no tenga que medir sus gastos, qué le importa si le soy infiel. Todas las mujeres son iguales. En lugar de corazón tienen una cartera. Pero lo que no saben ni tú ni ella es que ustedes no tienen nada. Ustedes sólo reciben. Yo soy el rico. Ustedes lo que compro. Son mi lujo: mis relojes Cartier. El único que aquí paga soy yo, ¿me escuchas? Ah, cuando me muera. Seguro ya calculaste qué pasará cuando me muera. Mi esposa cree que ella se va a quedar con todo. ¿Tú que crees? ¿Te voy a dejar algo a tí?

EL:

Eso, así, muy bien.

ELLA:

Gracias, ángel.

EL:

Vete al diablo.

ELLA:

¡¡¡Ay!!!

EL:

Un día de verdad te voy a mandar al diablo.

ELLA:

Ja.

EL:

Esa no fue una broma, cara de...

ELLA:

¡¡¡¡Ay!!!!

EL:

Déjame terminar, carajo. Cara de... Además, lo de que un día te voy a mandar al diablo tampoco fue un insulto. Fue una advertencia.

ELLA:

¿Y qué hago?: ¿ríe o lloro?

EL:

Una advertencia se advierte, nada más.

ELLA:

¿Cómo se advierte?

EL:

Uno abre muy grandes los ojos y siente taquicardia y... ¿Todo hay que explicártelo? (Mientras va al teléfono y marca un número.) Demonios. No entiendo cómo sobrevives de un día a otro cuando yo no estoy aquí. No eres más que una vaca echada mirando pasar la vida como un tren. (Al teléfono.) Hola. Soy yo. Sí, yo. Mira mi amor, estoy en una junta de negocios que parece que... No fue

un chiste, ¿de qué te ríes? Estoy con el señor presidente y varios industriales y banqueros y parece, te decía, que la junta se va a prolongar un poco... No sé, supongo que como medio año. Ya ves que este presidente se ha propuesto hacernos trabajar ahora sí a todos para el bienestar común de la nación sin reparar en el tiempo y el esfuerzo que esta patriótica empresa implique. Sí, ahora sí puedes reírte... No, no me la pases. Por favor no me la pases. No, no, ¡no! (Transición.) Hola mirruñita castañita caprichito del señor... No, papi llega ya nochecita, así que usted póngase un besote en la manita y luego la manita con todo y el besote se la pone de mi parte en la frentecita; luego se pone la pijama, se mete a la camita y sueña con la virgencita y los... ¡¿Cómo que ya no hay vírgenes?! Mira escuincla: aunque tengas dieciocho años sigues siendo pura e inocente, ¿está claro? (Cuelga.) Ya no hay vírgenes, hija de su puta madre. ¿Cuánto te falta?! ¡¿Aún no tienes ni la más repajodida idea?! A ver si te vas apurando. No soy tu reloj Cartier que hace tic tac tic...

Ella sale del vestidor, vestida, pintada y deslumbrante.

EL:

(Embobado ante la belleza de ella.) Tactic, tuc... (Cantando.) "Ven, que quiero enloquecer de placer..."

ELLA:

¿Qué tal me veo, gatito?

EL:

En tono de bellísima: Horrible. Y la gata eres tú, mamácita.

ELLA:

¿Horrible, baby?

EL:

Baby de mi bendita madre, no de una lépera inmunda.

ELLA:

¿Papito, papito, de veras horrible?

EL:

¿Que no somos familiares, demonios! No me hagas estallar de rabia.

ELLA:

Ay mi rey moro: mi etrusco sedicioso: mi primer mandatario de mi vida entera.

EL:

Así está mejor.

ELLA:

Mi bomboncito de chocolate amargo: dime que no horrible, que no horrible, por favor.

EL:

Horrible. Horrorosa. Horripilante. Tantas horas frente al espejo para que quedes como arbolito de navidad pornográfico.

ELLA:

¿Me juras que ya no te gusto?

EL:

Dios mío, qué frustrante eres. Ojalá mi esposa, cuando te herede, pueda hacer contigo algo de provecho. ¡No te sonrías! No te atrevas a burlarte de mi mujer ni siquiera en silencio. Mi mujer, mi pobre, mi sabia esposa. Dios mío, ¿por qué me hablas de mi mujer en esta situación, maldita piraña? Mi cónyuge legítima es una mujer admirable, quiero que quede absolutamente claro eso. ¿Qué le importa si le soy infiel mientras le dé con qué mantener dignamente nuestro hogar? Toda su resignación para que yo pueda parecer decente ante la sociedad, para que mis hijos no tengan que ocultar el rostro por mi culpa. Santa mujer mi esposa. En cambio tú. . . Mira qué facha. Impúdica. Quitate esas plumas de vedette. ¿Quieres que mis hijos tengan que ocultar el rostro? ¿Cómo te atreves a salir conmigo con el pelo así? Mira, te voy a mostrar una fotografía. . . Sí, aquí está, mírala, es la fotografía de mi esposa: apréndetela de memoria: mira cómo se arregla ella para salir conmigo. ¿Ves?: cada detalle para que digan: pero qué pareja más recatada, más bien asentada, tan decentes, carajo. ¿Ya viste tu escote, desvergonzada?

Tira del escote y el vestido se rasga, mostrando la redonda desnudez de ella, apenas cubierta por la mínima ropa interior.

EL:

(Deslumbrado.) ¡Pero qué puta, dios mío, qué puta!

ELLA:

¿Y ahora sí ya te gusto, papi?

El la jala al sillón. La acuesta. La acomoda bruscamente a su antojo mientras amenaza:

EL:

Habría que encerrar a las mujeres como tú. Destructoras de hogares felices. Ficheras caras. Corruptoras de la moral. Parásitos de la economía nacional. Meretrices. *(Si mi mujer me diera permiso de hacer lo que estoy haciendo, ¡la mato!)* Güilas. Víboras venenosas. Emisarias de Satán. *(Montándola.)* Te voy a llevar al paroxismo, ¿entendido?

ELLA:

Sí baby, sólo me avisas cuándo.

EL:

(La abofetea.) Ignorante. En cuanto pierdas toda noción del tiempo y el espacio es que habrás llegado al paroxismo, ¿entendido?, pero cuidadito entonces y le das un golpe a tu Cartier, ¿me estás escuchando? Quince rubies valen más que toda tu abyecta, sucia, retorcida, paranoica, traicionera sexualidad, ¿está claro?

La penetra.

EL:

¡Santa mujer mi esposa!

ELLA:

Oh, oh, oh: oh papi: ¡el paroxismo!

OSCURO

Tres

LA PISTOLA

El y Ella: Un matrimonio que se considera a sí mismo antiguo.

La acción sucede en la sala. Una mesa. Un librero. Un sofá. Puerta a la cocina. Puerta al dormitorio. Puerta a la calle. Ventanas. Es de noche.

Están espalda contra espalda; a cada frase dan un paso, como en los preliminares de un duelo.

ELLA:

No entiendo.

EL:

No entiendo.

ELLA:

No entiendo.

EL:

No entiendo.

ELLA:

No entiendo.

EL:

¿No entiendes qué? *(Se vuelve.)*

ELLA:

(Volviéndose.) No sé. No lo entiendo, sencillamente. Y tú, ¿qué es lo que no entiendes?

EL:

Lo mismo que tú.

ELLA:

Eso no es posible. ¿Cómo puedes no entender lo que yo no entiendo si yo no entiendo lo que no entiendo?

EL:

Espera. Creo recordar algo. Llegué a la casa una noche. Llevaba bajo el brazo un paquete. ¿Ya recuerdas?

ELLA:

Algo recuerdo. . . Te pregunté: ¿qué es eso? *(Aquí el recuerdo se vuelve acción presente.)*

EL:

¿Te refieres al paquete? No es nada.

ELLA:

¿Cómo nada?

EL:

Un paquete.

ELLA:

¿Qué hay dentro?

EL:

Nada. Nada importante.

ELLA:

¿Qué es? Dímelo. ¿Por qué no me lo dices?

EL:

Es una pistola.

ELLA:

¿Una pistola?! ¿Por qué traes a la casa un arma?!

EL:

Es un revólver de bajo calibre. Cada día esta ciudad es más peligrosa. Ayer por la noche asaltaron a un amigo. En su propia casa, dos tipos con las caras cubiertas con medias. . . *(Ella se angustia más.)* ¿Qué pasa?

ELLA:

Nada.

EL:

Dímelo.

ELLA:

Voy a servir la cena. *(Se mete a la cocina.)*

EL:

Y eres tú la que se queja de los secretos. . .

ELLA:

(Saliendo.) Vamos a cenar fuera de casa.

EL:

¿A esta hora? ¿No preparaste algo de cenar?

ELLA:

Sírvetelo tú. Tengo jaqueca. Me voy a dormir.

EL:

¿Qué sucede?

ELLA:

Nada.

Ella entra al dormitorio.

EL:

¿Nada? María. ¡María! *(Para sí, a solas.)* Estoy harto. ¿Cuánto más puedo soportar esto?... Calma...

Ella sale muy agitada.

ELLA:

Tengo miedo. Ayer asaltaron a tu amigo en su propia casa.

EL:

Ven. *(La abraza.)* Vamos al cuarto.

ELLA:

¿No quieres que te sirva de cenar?

EL:

Tienes jaqueca.

ELLA:

No importa.

EL:

No quiero molestarte.

ELLA:

Podemos salir a un restaurante.

EL:

Se me quitó el hambre.

ELLA:

De verdad, no estoy tan mal. Puedo prepararte algo rápido. ¿Un omelete?

EL:

No, de veras se me quitó el apetito.

ELLA:

¿Un bistec?

EL:

No.

ELLA:

¿Un poco de fruta?

EL:

¿Qué fruta hay?

ELLA:

Déjame ver. *(Se mete a la cocina.)*

EL:

¿Hay manzanas?

ELLA:

No.

EL:

¿Melón?

ELLA:

No.

EL:

¿Plátanos?

ELLA:

No hay fruta.

EL:

Bueno, entonces el omelete.

(Pausa) Ella vuelve de la cocina. Se restriega nerviosamente las manos.

ELLA:

Se acabaron los huevos. ¿Quieres el bistec?

EL:

No tengo hambre.

ELLA:

¿Por qué mientes? Acabas de pedirme un omelete.

EL:

Se me quitó el hambre.

ELLA:

Preguntaste qué fruta había.

EL:

Se me quitó el hambre.

ELLA:

Querías un omelete.

EL:

Está bien. Prepárame un omelete.

ELLA:

Te dije que no hay huevos.

EL:

No tengo hambre.

ELLA:

¿Por qué mientes?

EL:

No quiero un bistec.

ELLA:

Vamos a la cama.

*Siguen hablando monótonamente, sin escucharse.***EL:**

Ahorita no.

ELLA:

Estoy enferma de aburrirme. Esta monotonía. ¿Cuándo empezó...?

EL:

¿Sabes qué, María?

ELLA:

¿Qué?

EL:

No sé. Es decir...

ELLA:

¿Qué?

EL:

No importa. Vamos a la cama.

ELLA:

¿De verdad no quieres...?

EL:

No.

ELLA:

¿Nada?

EL:

Nada.

ELLA:

Apaga la luz.

EL:

Vamos...

*El apaga la luz. Entran al dormitorio. El vuelve a salir, camina en la penumbra de la sala. Ella se asoma.***ELLA:**

¿Quién es? (Pausa.) ¿Humberto? ¿Dónde estás? (Pausa.) ¡Humberto!

EL:

Aquí, aquí. Estoy aquí.

ELLA:

¿Por qué tardaste en responderme? ¿Qué haces?

EL:

Vine por una fruta.

ELLA:

No hay fruta. Te lo dije cuando me pediste.

EL:

Se me olvidó.

*El vuelve al dormitorio. En el vano de la puerta ella lo escruta detenidamente de pies a cabeza.***EL:**

¿Qué?

ELLA:

Nada.

*Entran. Cierran la puerta. Al poco rato sale ella. Camina en la penumbra intentando no hacer ruido. El se asoma.***EL:**

¡María!

*Ella se queda petrificada, mirándolo.***EL:**

¿Qué haces fuera del cuarto, María?

ELLA:

Vine... a ver si las ventanas estaban cerradas con seguro.

EL:

¿Y?

ELLA:Todavía no las reviso. *(Se pone a revisarlas.)***EL:**¿Por qué no enciendes la luz? ¿Enciendo la del cuarto? *(La enciende.)***ELLA:**

Están cerradas.

EL:

¿Y el seguro de la puerta?

ELLA:

También.

EL:Ah, la pistola. *(Va a tomar el paquete que ha dejado sobre la mesa.)***ELLA:**

¿Qué vas a hacer con ella?

EL:

Sacarla del paquete.

ELLA:

¿A dónde la llevas?

EL:

A la recámara.

ELLA:

¿Para qué?

EL:Si la compré por si entra un ladrón no voy a dejarla a la entrada... *(Ella tiembla.)* ¿Qué pasa, María? Estás muy nerviosa.**ELLA:**

Me inquietó lo de tu amigo. Lo del asalto.

EL:

A mí también. Por eso compré la pistola.

ELLA:

Es una idiotez. Cualquier tipo entra a tu casa y sin saber por qué amaneces muerto.

EL:

Sí, una idiotez.

ELLA:*(Mirando su entorno.)* Qué frágil es todo esto.

- EL:**
Vamos a dormir.
- ELLA:**
Deja aquí la pistola. Me dan miedo las armas.
- EL:**
No seas niña. Es una bellissima pistola. Mírala. Compacta, liviana.
- ELLA:**
No juegues, puede dispararse.
- EL:**
Qué bueno que me lo recuerdas. *(Le apunta. Ella retrocede aterrorizada. . . El dispara. No está cargada. Se ríe.)* No está cargada. Carajo: antes tenías sentido del humor. . . *(Sonríe tristemente. Vuelve a la mesa. Saca un estuche de balitas y empieza a cargar la pistola.)*
- ELLA:**
No la cargues.
- EL:**
¿Qué sentido tiene tener una pistola si no está cargada? ¿Has visto qué balitas? Qué maravilla, ¿no?
- ELLA:**
¿Qué maravilla? Es terrible que algo tan pequeño pueda terminar con todo esto.
- EL:**
No debí decirte lo del asalto.
- ELLA:**
No debiste traer la pistola.
- EL:**
(Pistola en mano.) Vámonos a dormir.
- ELLA:**
(Llorando en el quicio del dormitorio.) Por favor. . . *(Se cubre la cara con las manos.)*

- EL:**
(Irritado.) Está bien. Está bien. La dejo en la sala.
Guarda la pistola tras de los libros. Entra al dormitorio. Ella se descubre la cara, sale a la sala. Busca con la mirada.
- ELLA:**
Lo sabía. Mentiste. No está aquí.
- EL:**
La guardé.
- ELLA:**
¿La escondiste? ¿Dónde?
- EL:**
¿Para qué quieres saberlo? Es mejor que no sepas dónde quedó. Así no te preocupará cada que te le acerques.
- ELLA:**
Dime dónde quedó.
- EL:**
No quiero.
- ELLA:**
Dímelo.
- EL:**
Ya por favor. Mañana tengo qué hacer. Quiero dormir.
Si la luz del dormitorio estaba prendida, se apaga. Ella, en la tiniebla empieza a buscar hasta dar con la pistola. El se asoma.
- EL:**
¿María?
- Ella se esconde tras el sofá. El se pasea por la sala.*
- EL:**
¿María?
- Ella entra al dormitorio corriendo y cierra con llave la puerta. El toca en la puerta con los nudillos. Nadie responde.*

EL: No seas niña, María. Abreme. Creíste que... María, por favor, ¿por qué habría yo de... ¿a ti?, ¿a mi esposa?

ELLA:
Me odias.

EL:
(*Suavemente, con tono comprensivo.*) María.

ELLA:
¿Verdad que sí? Yo lo comprendo. Estoy enferma... mis temores... mis angustias... Te arrepientes de haberte casado conmigo.

EL:
María.

ELLA:
Yo no te engañé, Humberto. Yo no era así cuando nos conocimos. Pero si lo que quieres es deshacerte de mí... no era necesario...

EL:
María.

ELLA:
Bastaría decírmelo, te lo juro. El divorcio... No te pediría nada a cambio.

EL:
Está bien.

ELLA:
¿Qué está bien? ¿El divorcio está bien?

EL:
Ya basta.

ELLA:
Nos equivocamos, eso es todo. Es humano equivocarse.

EL:
¿Quieres tú el divorcio?

ELLA:
Sí.

EL: Muy bien. Mañana vamos con mi abogado. ¿Quieres tú divorciarte de mí?! ¿Pero por qué?

ELLA:
Porque tú no me amas.

EL:
¿Yo?

ELLA:
Tú.

EL:
Yo te amo, te sigo amando.

ELLA:
Te peso, estoy mal...

EL:
No estás mal, no me pesas.

ELLA:
Es muy difícil convivir conmigo, cada vez más difícil...

EL:
Es difícil convivir, María. Nunca esperé que fuera fácil.

ELLA:
Contigo me siento culpable de ser quien soy. No quiero sentirme culpable de ser quien soy.

Pausa.

ELLA:
¿Humberto?

EL:
Cuando me casé contigo te perdoné todo de antemano.

Pausa.

Ella abre. Le entrega la pistola.

ELLA:
Lo siento. Lo siento mucho. Fue un como... ataque de...

EL:

Olvídalo. Vamos a dormir.

ELLA:

Me dio miedo lo del asalto.

EL:

Sí...

ELLA:

Me inquietó.

EL:

Vamos...

ELLA:*(Rogando.)* La pistola...

El asiente, apretando los dientes. Deja la pistola sobre la mesa. Entran al dormitorio. Ella sale. Revisa las ventanas. Ve la pistola y va a tomarla. Está por guardarla tras los libros cuando un ruido en la puerta que da a la calle la sobresalta. De pronto, un rostro en una ventana. Ella grita. Dispara varias veces al intruso. El intruso grita y desaparece. Pasos tambaleantes que se apresuran a la puerta.

ELLA:

¡Humberto! ¡Humberto!

Entra el extraño, con la cara sangrante cubierta por una media. Ella lo reconoce.

ELLA:

¡Humberto!

El habla tambaleándose, con pausas a las que la herida le obliga.

EL:

Salí... por la ventana del cuarto... Venía por la... pistola. *(Alarga la mano pidiéndole la pistola, pero ella retrocede un paso. Explicativo.)* Es que, María, entiéndeme. No era suficiente separarnos. ¿Cómo? ¿Nada más decirnos adiós luego de tanta... infelicidad?

ELLA:

Yo... no tengo la culpa de...

EL:

¡La culpa! No seas superficial, carajo... ¿Quién quiere hacer justicia...?

Ella se deja dócilmente quitar la pistola. El le apunta.

EL:

Poner fría la cara que... me ha visto desde que fui... hasta que ya no soy... joven. Desde que ya no... tengo esperanza. Desde que ya no... no, ya no... puedo. Con tantos días. Los de atrás. Los que me faltan. Son demasiados los... lunes, ¿me entiendes, María?, ¡contesta: ¿me entiendes?!

ELLA:

Sí.

EL:

Demasiados... los... domingos y los amigos... que ya no... la hicieron... y esos pocos que sí... son... demasiados. Sí me entiendes, María.

Ella asiente.

EL:

Sí... me entiendes. Yo... te prometí demasiado. Ni te imaginas: la mitad te la dije, la otra mitad... me la guardé, disfrutaba a solas... todo lo que te iba a dar... porque debes saber que todo, todo te lo iba a... y al final de cada fracaso ahí estabas, ahí estás, un espejo... opaco, roto... A ver si me cambia la cara... *(Le dispara. Pero la pistola está descargada. El prorrumpe en risotadas.)* Te digo: no sirvo. ¡No te muevas!

ELLA:

Voy por el botiquín.

EL:

¡No te muevas! No es como lo pensé, pero por fin vamos a estar... en dos mundos... separados. ¡Que no te muevas!

ELLA:

¡Voy por el botiquín!

EL:

No te muevas o... *(Se ríe disparando la pistola descargada.)*
¡Click! No, de verdad... de esta nadie... me salva. Estoy viendo
mi... corazón... en pedacitos... La cama... Voy a morirme como
los... distraídos en la... cama...

ELLA:

Apóyate en mí.

EL:

(Apartándola.) Mientras me... muero, ni se te ocurra... molestar
me...

El, trastabillando, va hacia el cuarto. Apaga la luz: en las tinieblas, ella no sabe qué hacer durante un momento. Luego enciende una pequeña lámpara. Ve una mancha de sangre en la alfombra y con saliva y manos la limpia. Va después a limpiarse las manos contra la pared, afanosamente. Mira la mancha en la pared. Dice: qué boba. Se quita la bata, va a la cocina a mojarla y limpia con ella la mancha. Dice: Ahora la bata está manchada... Toma un encendedor y le prende fuego a la bata, la tira por la ventana. Se queda mirándola arder. Entonces él sale del cuarto y enciende la luz general de la sala. Parece estar entero, sin daño. Ella no puede siquiera gritar, tan grande es su susto.

EL:

¿Qué haces, santo Dios?!

ELLA:

¡Humberto!

EL:

¿Qué se está quemando allí?!

ELLA:

Mi bata.

EL:

¿Por qué quemas tu bata, María?

Ella sólo tiembla, aterrada.

EL:

No te asustes por Dios.

ELLA:

(Abrazándolo.) ¡Humberto! *(Empieza a reírse nerviosamente. Le busca la risa a él. Le hace cosquillas, en vano.)* ¡Ríete! ¡Ríete!

EL:

(Con un dejo de repugnancia.) Pero ¿qué te pasa?

ELLA:

Ríete.

EL:

No puedo.

Ella vuelve de golpe al terror.

ELLA:

Entonces... ¿Estás herido?

EL:

(Sonriendo.) ¿Yo?

ELLA:

Lo soñé.

EL:

¿Qué cosa?

ELLA:

Te confundía con un ladrón y te...

EL:

¿Me qué?

ELLA:

Nada.

EL:

¿Me herías?

ELLA:

¡Nada!

Pausa.

ELLA:

Te disparaba con la pistola que trajiste a casa.

EL:

¿Yo traía una pistola a casa? Qué sueño.

ELLA:

¿No trajiste una pistola a casa? Una pistola de bajo calibre en un paquete forrado de... ¿cómo se dice?, de...

EL:

(Sarcástico.) Mariposas negras.

ELLA:

Papel de estraza (se dice).

EL:

¿Color? ¿De qué color el papel de estraza?

ELLA:

Eh... Gris. Sí: gris.

EL:

Rosa.

ELLA:

¿Rosa? No.

EL:

Sí, rosa.

ELLA:

¿Sí? Claro: rosa pálido. Rosa muy pálido. ¿Rosa muy pálido? ¿Muy pálido, amor? ¿Rosa muy pálido?!

El la mira fijamente.

EL:

No sé. Estamos hablando de lo que tú soñaste. ¿Y por eso quemaste tu bata?

ELLA:

...

EL:

María, explícame, no te voy a regañar, te lo juro. ¿Por eso quemaste tu bata?

ELLA:

Estaba manchada de tu sangre...

EL:

No, no estaba manchada de sangre. Bueno, de todos modos ahora está hecha cenizas... Ay María, María...

ELLA:

Estaba, te digo, manchada de...

El suspira.

ELLA:

Y aquí está todavía húmeda la pared... y el tapete...

EL:

¿Y eso cómo se relaciona con una bata?

ELLA:

Se relaciona... porque... se relaciona...? ¿No?

EL:

No, no se relaciona. ¿Y por qué mojaste la pared y el tapete? No, no, olvídale, ya no importa.

ELLA:

Es que... yo... Yo antes... Antes me despertaba de un sueño tan fácil; estaba en un lugar y con un pequeño movimiento, tan pequeño como levantar los párpados, ya estaba en otro lugar, totalmente distinto, y serena, como si no fuera... extraño... Ahora, cuando abro los ojos no sé si los estoy cerrando... Necesito ayuda.

EL:

Necesitas descansar. Ven, vamos.

ELLA:

Cualquier cosa sería mejor que volverse loca. Prefiero la muerte.

EL:

Lo sé.

ELLA:*(Asustada.)* ¿Lo sabes?**EL:**¿Qué sucede? *(Ella se estremece incontrolablemente.)* María, por favor María.**ELLA:**

Tú quieres volverme loca.

EL:

¿Yo? Pero si no te estás volviendo loca. Son ataques de angustia, puede solucionarse. Hay fármacos para eso. ¿A dónde vas?

*Ella busca tras los libros y no encuentra la pistola.***ELLA:**

Aquí estaba guardada. . .

EL:*(Divertido.)* ¿La pistola? ¿Allí la guardaste en tu sueño?**ELLA:**

Allí la guardaste tú.

EL:

En tu sueño.

ELLA:

No, antes; en lo que creí que no era un sueño. . . en lo que estaba segura de que no era un sueño. . .

EL:*(Furioso.)* ¡Basta! ¡Ven acá! *(Quedo, rabioso.)* ¿Quieres que te rompa las piernas para que nunca salgas de la cama? Así sería más fácil, no tendría que perseguirte por toda la casa a media noche, ¿verdad? Ven acá, por tu propio pie, si no quieres violentarme más. *(Muy suave, muy tierno.)* Te lo suplico, mi amor, ven acá. Yo soy el que necesita calmantes, no tú. Me pone nervioso. . . el mundo, no tú. Creeme. Ven. *(Ella se acerca. Tomándola de la mano la conduce al dormitorio.)* Vamos a la cama. Niñita. Mañana será otro día, verás.*Entran al dormitorio, él la acuesta en la cama.***EL:**Yo te cubro. Así, así, descansa. *(Se escucha como tararea el resto del arrullo. . .)*

"Señora Santana;

¿por qué llora el niño?

Por una manzana. . .

. . . que se le ha perdido. . ."

*El sale a la sala.***ELLA:**

¿A dónde vas?

EL:

Por una fruta.

ELLA:*(Dolorosamente.)* Que no hay fruta.**EL:**

Entonces por un vaso de agua.

*En la sala, él saca de entre sus ropas la pistola. La esconde en otro sitio. Entra a la cocina. Ella sale a la sala en el momento en que él regresa con un vaso de agua. Ella lo mira, los ojos muy abiertos.***EL:***(Mostrando el vaso.)* Agua.*Ella corre a revisar tras los libros. No encuentra nada. Llorando regresa a donde él, le rodea la cintura con un brazo. Sobre el hombro de ella, él bebe un poco de agua. . . Vuelven al dormitorio abrazados. El cierra tras de sí la puerta.*

OSCURO

Cuatro
LOS DIENTES

(A oscuras, a lo lejos:)

ENFERMERA:

Ya llegó la pacientita, doctor. La pasé al cubículo tres.

DENTISTA:

Bien.

ENFERMERA:

Es la señora que llamó hace media hora, doctor. Dijo que era muy urgente. Que estaba en su oficina, dictando una carta, y de pronto se le destapó un dolor espantoso, dijo. Peor que si le hubieran dado un hachazo en la cabeza.

DENTISTA:

Muy bien, excelente, comuníqueme con mi esposa.

ENFERMERA:

Sí doctor.

Se oyen pasos acercándose.

DENTISTA:

¿Le dio a llenar los papeles a la señora. . .

ENFERMERA:

Berman. Berman se llama.

DENTISTA:

¿Bergman? ¿Como el director sueco?

Se oye cómo la enfermera marca un teléfono.

ENFERMERA:

No doctor. No podía. No sabe: llegó tambaleándose y lloraba.

DENTISTA:

Fíjese: ni más ni menos que. . .

ENFERMERA:

Señora, le paso al doctor. Doctor, su esposa. . .

DENTISTA:

No, no estoy para nadie, vamos a ver a Ingmar.

Se escuchan pasos acercándose. Paran.

DENTISTA:

Buenas tardes. Estoy. . . este. . . verdaderamente emocionado de. . . Yo he visto todas sus películas y. . . Y. . . ¿cómo pedirselo. . .? Yo no hablo sueco, pero. . .

ENFERMERA:

¿Podría por favor abrir su boquita. . .?

El hueco de la enorme boca se abre a medias y a través del hueco vemos el cubículo, al dentista y a la enfermera observando la boca. . .

DENTISTA:

Es una señora. . .

ENFERMERA:

Sí doctor. Le dije.

DENTISTA:

Cerrar. Comuníqueme con mi esposa, se lo pedí hace media hora.

La boca se cierra.

2. A oscuras, en tonos íntimos, suaves:

DENTISTA:

Señorita. . .

ENFERMERA:

Berman.

La boca se va abriendo muy lentamente. . .

DENTISTA:

Bergman. Es un placer conocerla personalmente. Quiero decirle que me gustó mucho su actuación en *Sonata de otoño*. Primero la confundimos con otra persona, pero. . . claro, es usted: la espléndida actriz escandinava.

La boca gruñe.

DENTISTA:

¿Qué dice?

ENFERMERA:

Creo que... nada. Está algo drogada. Antes de venir tomó sedantes.

DENTISTA:

Sedantes.

ENFERMERA:

Atibán 2000. Prodolina. Laxatín 3 miligramos. Necotén. Y... este... algo más, no me acuerdo; agarró todo lo que tenía en su botiquín, así en bonche, y luego nada más lo fue pelando como si fueran pistaches, y para dentro. Eso dijo.

DENTISTA:

Ajá. *(Acercándose confidencialmente a los labios.)* Me encantó su actuación en *Sonata de otoño*...

La boca se abre un poco más con un tremendo gruñido.

DENTISTA:

Ya, ya veo: le duele mucho: espléndido, espléndido. Vamos a ver. Abrir. Abrir más.

La boca se abre completamente.

DENTISTA:

(Asomándose a la boca.) Ajá. Ya veo. Ya veo. ¿Dónde le duele? ¿Del lado derecho? Se retira un poco de la boca. ¿El dolor se le irradia? Magnífico. ¿Se le irradia por todo el maxilar? ¿El maxilar superior o el inferior? ¿Por toda la boca? Interesante. ¿Toda la boca le duele? Toda la cara. Excelente, excelente. ¿Cómo dice? Toda la... Humanidad... le duele. Sublime. Pero, ¿de dónde precisamente nace el dolor? Ajá. Ajá. Ah-já. ¿Ya se le espantó el dolor? Bueno, es que a veces se trata de un dolor sicosomático, y con sólo hablar de él, prestarle la atención que reclama, desaparece. ¿Ya desapareció? No. Entonces, debe ayudarme: dígame donde nace el dolor. Ajá. Ajá. Ah-já. No sabe. Codaina. Mientras la enfermera prepara una jeringa de unos treinta centímetros: Ajá, ah-já, sumamente interesante. No se tense, le advierto que si se tensa le duele

más. Piense que no le va a doler, porque si se tensa puede romperse la aguja y quedársele dentro o irsele por la garganta y agujerarle el esófago o desinflarle los pulmones. ¿Lo está pensando? No me va a doler, no me va a doler, relax, relax... *(Sonríe, rápidamente se introduce a la boca e inyecta en una encía; va introduciendo el líquido de la inyección mientras con la mano izquierda sacude intensamente el labio y a sus espaldas la enfermera prende el estereofónico; va surgiendo alguna música serena de largas escalas de notas de piano. El dentista sale de la boca. Se sienta en un banquito.)*

Ya se le espantó el dolor, ¿estoy en lo correcto? ¿Por qué no? *(El doctor se queda pensativo. Le voy a decir la verdad.)*

La verdad es ésta: a mi *Sonata de otoño* me impresionó mucho, especialmente la escena en que usted golpea a su hija débil mental porque usted... ¡No cierre! ¡No cierre! Vamos a ver dónde le duele, no cierre. Porque usted se parece mucho, mucho, a mi hermana y —si cierra no puedo curarla, ¿no entiende?— y hoy, fijese qué extraña coincidencia, hoy tengo con mi hermana un problema de esos que son como para una película —mire: si cierra, mejor se va ahorita mismo, porque yo no la curo, es decir: no puedo curarla si cierra. *(Pausa. El doctor sonríe ampliamente.)*

Ahora sí: ya se le fue el dolor. ¿Por qué no? Vamos a investigar eso en un momento. Comuníqueme con mi esposa, Bertita. *(Antes de salir:)* Cerrar. *(La boca se cierra de golpe. A oscuras:)* Radiografías.

3. *Aún a oscuras:*

DENTISTA:

Abrir. Abrir. Dice que llegó drogada.

ENFERMERA:

Ay doctor, con decirle que llegó preguntando por un zapatero.

DENTISTA:

Abra... Páseme el gato.

Mientras el dentista va abriendo trabajosamente la boca con un gato hidráulico.

ENFERMERA:

Yo le di tres Mecotales. Y luego que le hicieron efecto y ya se calmó y dejó de aullar y se levantó del suelo...

DENTISTA:

¿Venía a gatas?

ENFERMERA:

Ay doctor, hasta ladraba.

DENTISTA:

Qué gente.

ENFERMERA:

Luego le digo que me confesó que antes de venir al consultorio ya se había metido el bonche de pastillas.

DENTISTA:

Ya me dijo.

ENFERMERA:

Dos Prodolinas. Un Redoxón. Dos Ansioliticum. Un Lexatín 500 miligramos. Dos Alka Seltzer con vitamina C.

DENTISTA:

¿Alka Seltzer, con vitamina C? Terrible. Ahora, seguro, todo eso se le cruzó con la anestesia que le pusimos. *(A la boca:)* Esto le va a producir el reflejo del vómito, ¿de acuerdo?

Le introducen un armatoste enorme con un cartón blanco.

DENTISTA:

Muerda.

El dentista empieza el trabajo de cerrar la boca renuente.

DENTISTA:

(Irritado.) Muerda. Muerda. Duro.

La boca está cerrada: oscuro. Se oye un zumbido. Le sacan a la boca el armatoste. La enfermera introduce en la boca la manguera

de una aspiradora prendida. Aspira minuciosamente los rincones de la boca.

Luego la boca se cierra.

4. La boca se abre. El doctor está revisando contra la luz unas radiografías.

DENTISTA:

Ajá. Ajá. Ah-já. Qué bello. Qué bello es el mar. Qué puesta de sol, el mar rojo... el cielo rojo, el velerito blanco... Así que todavía usa bikini. Me parece muy sano. Aquí salió muy bien, muy elegante. ¿Me está entendiendo lo que digo o está entendiendo cosas raras? Eso le pasa por automedicarse. Bueno, no tiene nada. Es decir: visible no tiene nada. Todos sus postes están completos... sus puentes están transitables... sus castillos son unas fortalezas y en esta torre vive una princesa que padece el encantamiento de un sueño eterno y duerme coronada... coronada por una corona... Pero qué corona: qué trabajo de orfebrería... Lo que no entiendo es por qué le duele algo, Su Majestad...

La boca se cierra.

5.

DENTISTA:

(Con tono dinámico.) Abrir. Basta de pendejadas: vamos a localizar ahora mismo ese dolor. *(La boca se ha ido abriendo con ritmo dinámico.)* ¿Dónde le duele, precisamente? ¿No sabe? No tiene la menor importancia. Ahora, escúcheme bien, cuando le duela, grita, ¿entendido? Marimba.

El doctor, con dos palos de marimba, empieza a golpear por la dentadura. (Suenan notas discordantes. Luego, "La Sandunga", a cuyo son la enfermera baila. De nuevo notas discordantes, pero más arrebatadas.)

DENTISTA:

Aquí le duele, ajá. Aquí le duele. Aquí también. Aquí. Ajá. Ajá. Ah-já. Le duele, le duele, le duele, le duele, soberbio, excelso, magistral. *(Deja de golpear.)* Pero la pregunta es: ¿dónde le duele más? *(Silencio.)*

Tiene que cooperar con nosotros. Solo yo no puedo, ¿me está entendiendo? Bueno, ahora me dice dónde le duele mucho, dónde siente que es insostenible, que ahí con ese dolor mejor morir, ¿de acuerdo? Y no escupa, por favor. *(Le hace una señal a la enfermera. Ella introducirá la manguera de la aspiradora mientras él golpea con los palos de marimba rabiosamente los dientes. Se retira por fin, exhausto.)*

Me tiene que decir dónde le duele. Ve usted, le voy a explicar y espero me comprenda: yo. . . no soy. . . Dios. No soy Dios para adivinar. *(Arrebatadamente toma una manguera, introduce medio cuerpo en la boca, la va regando de espuma mientras la enfermera la recoge con la aspiradora. Por fin salta dentro de la boca para patear los dientes; la enfermera sube tras él con las mangueras de la aspersora y aspiradora. Por momentos la boca quiere cerrarse y el doctor grita: "No cierre". O: "¿Este es su dolor? ¡Hemos dado con su dolor! Entonces no cierre". O: "¡Cuidado!", cuando se da el peligro de que queden él y la enfermera aplastados entre los maxilares. Por fin ambos salen de la boca, se apartan de ella, la miran serios.)*

LARGO SILENCIO**DENTISTA:**

¿Pasó el dolor?

LARGO SILENCIO**DENTISTA:**

Ni sabe todavía dónde, precisamente, le duele.

LARGO SILENCIO

La enfermera levanta una cubeta y echa su agua de golpe en la boca.

Otro largo silencio en que el doctor y la enfermera observan de lejos a la boca.

El doctor adquiere un aire amenazante, como de policía secreto:

DENTISTA:

Entonces, ¿todavía no nos va a confesar donde está ese maldito dolor? Ya veo: insiste en que lo ignora. Despreocúpese: disponemos de métodos para averiguarlo.

Molesto, sudoroso, manchado, se va. La boca no se cierra.

La enfermera se pone a revisar un látigo. Lo azota contra la pared. La boca se cierra.

6. La enfermera abre poco a poco la boca con el gato hidráulico. Tarareando una canción de cuna va colocando por todas partes enormes bultos de algodón.

Luego se sienta. Prende una fresa eléctrica; hará cosas crueles en las encías, mientras habla y habla y habla.

ENFERMERA:

Su esposa. . . es su hermana. . ., eso es lo que pasa. No es tan extraordinario como se podría pensar. Usted que es artista, gente de mundo —actriz, ¿verdad?—, también habrá tenido por ahí un incesto. Al menos en una película. Además, que yo sepa, como amantes se llevaban muy bien el doctor y su hermana. Hasta que ella se enamoró de otro. De otro dentista, mire qué desgracia. Un endodoncista bastante conocido. El doctor Fasja se llama. El que tiene una fuente en medio de su consultorio. Oiga, dispense: ¿nunca se lava los dientes o qué? Puf: cuánto sarro. Y mierdecitas de hace siglos. . . El asunto, le decía, es que ella se prendó del tal Fasja y se lo llevó a vivir a casa del doctor su hermano, es decir: su esposo. ¿Cuándo comió langosta, mi vida? ¿Hace tres meses, no? El doctor —el esposo de la hermana del doctor, como quien dice el doctor de aquí— está muy contrariado. No es que le moleste la compañía, pero la competencia sí. Sí: nunca ha sabido lidiar con la competencia; lo pone tenso, agresivo. . . Por más que el doctor Fasja está en otra especialidad, en endodoncia, como le dije, lo considera competencia. Transferirle pacientes, ¿por qué no?, ¿ver-

dad?, ¿pero transferirle a su hermana? Está más difícil, ¿verdad? Puf. *(Se cubre la nariz con un pañuelo y sigue trabajando y hablando.)* El caso es que... el doctor—hablo de nuestro doctor—le habla cada media hora a su hermana para exigirle que deje al endodoncista. Yo digo que... *(Apaga la fresa, toma un fusil y empieza a limpiarlo.)* Yo digo que en estas cosas de amores siempre hay una pequeña incomodidad porque... nada es perfecto, no en esta vida, ¿me entiende? Y es que no estamos hechos para la felicidad. No, no estamos hechos para ser eternamente felices. ¿Cómo, si tenemos dientes? Y cada diente tiene un nervio y cada nervio la posibilidad de un dolor a muerte. Todo lo que tiene dientes puede llegar al suicidio... Y lo que no tiene dientes, también. Todo lo que tiene peso puede hundirse; todo lo que tiene un sitio puede perderse; todo lo que ocupa un tiempo puede acabarse: "vanidad de vanidades, todo es vanidad". Como decía mi tía. *(Tira a un lado, con displicencia, el trapo, que cae en la boca. Lo recoge.)* Perdón. *(Saca un cuchillo y un tenedor grandes, de carnicero. Procederá a cortar una tirita de la carne de una encía. Se preparará un taco y se lo comerá, mientras habla y habla y habla.)* ¿Sabe lo que es la paródncia? Eso que está sintiendo es la paródncia. Bueno, pero estábamos en que ahora los tres—el endodoncista, el cirujano de la boca— nuestro doctor—y la hermana de él, que es su esposa y la amante del endodoncista— sí me entiende, ¿verdad?—viven juntos, y el cirujano— el doctor de aquí, como que está confundido, como que se siente a disgusto, como que quiere... *(Jala un pedazo largo y delgado de carne, lo sigue jalando... Por fin intenta cortarlo con el cuchillo, aunque es muy difícil. Todo esto mientras continúa hablando...)* como que quiere separarse de ella pero ella le dice que mejor se integre con el otro, el endodoncista, pero él quiere separarse pero ah, cómo duele, ¿no?, duele separarse, y piensa: me separo, y entonces cada media hora llama a su hermana para intentar separarse pero ya cuando discute con ella no puede separarse y... se pone furioso, furioso, furioso...

La boca gruñe y bolando el gato se cierra.

DENTISTA:

(Furioso.) ¡Abrir! (La boca se abre de golpe. El doctor está terminando de cargar un rifle.)

El doctor dispara dentro de la boca.

DENTISTA:

¿Se le espantó el dolor? Despreocúpese. Ahora matamos ese nervio. Dispara. Dispara otra vez. La enfermera riega de espuma roja la boca, hasta colmarla. Cerrar. Llamar hermana.

La boca se cierra.

A oscuras:

ENFERMERA:

Doctor, la nariz...

DENTISTA:

Chin, la nariz... Cita con cirujano plástico, piso 15. Llamar hermana.

8. La boca se reabre. La enfermera va sacando los bultos de algodón, húmedos de espuma.

ENFERMERA:

(Luego de un rato de trabajar en silencio.) Aj: qué puerquero. Todo lo ensucian y luego una, recoge y recoge sus tiraderos. Ay, ay-ya-ya-yay: ¿ora que asquerosidad es esto, mi vida? Una muela del juicio. Pobrecita boquita. *(Saca la muela y la tira al basurero.)* Y ¿esto? Otra muela del juicio. Uy, que lástima. Mire mi amor, mientras menos dientes menos dentista, así que mejor. No, no, mi vida, relax, relax. Y no se preocupe, ahorita le saco todo eso que ya no le sirve, reinita. *(Saca una rueda de engranes, la tira.)* Ay mi amor, mi vida, pobrecita... Pobrecita... *(Pausa. Luego, confidencialmente.)* Sandra. Te reconocí desde que entraste al consultorio. *(Limpia durante un rato un diente, como si le diera lustre a un zapato. Luego vuelve al tono confidencial.)* Cuánto tiempo, Güera. Cuánto tiempo. *(Se acerca más a la boca.)* Tantos años y ahora... encontrarte... así. Abre un poquito más, porfa...

(La boca obedece. Ella lustra más al fondo, medio recostada ya en la lengua. . .) ¿Rico? Después de tanto dolor, ¿verdad que rico, mi chula? Te digo que tan luego que te vi, te reconocí, te sentí, me sentí, me acordé. . . Me acordé, sí, Dios santo. . . Tantas veces que tu boca estuvo dentro de mi boca, que mi boca estuvo dentro de la tuya, que tu boca estuvo en mi otra boca, que. . . Ay mamacita, me sonrojo. Pero ay qué noches de saliva, güera, qué madrugadas, qué revolcones en tu lengua, mi alma bendita. . . mi Bárbara sediciosa. No sé, te juro que no sé como he podido vivir todo este tiempo lejos de tu boca. *(En un impulso se rueda dentro de la boca. Queda tendida en la lengua, respirando densa y profundamente.)* Tu boca, todo se me olvidaba en tu boca, ¿te acuerdas? Yo te decía: Qué me importa lo que la gente diga. Fuera de tu boca no existe nada, nada, nada. . . Y no, de veras nada existe fuera. Dentro de tu boca el tiempo, el mundo se hacen nada: polvo, ceniza: baba. Quiero. . . quiero. . . ¡quiero! Quiero. . . morirme. . . en tu boca. . . Cerrar. . . Cerrar. . . Cerrar. . .

La boca, lenta, amorosamente, se va cerrando. OSCURO largo.

9. La novena sinfonía de Beethoven.

La boca se abre poco a poco, a ritmo. Lentamente se aproxima el doctor, un casco de minero con linterna al frente y una lanza en la diestra; la enfermera a continuación, con la manguera de la espuma y la de la aspiradora. Ambos suben a la boca. Las máquinas se encienden ambas. El doctor clava en una encía la lanza. La hunde profundamente. El doctor saca la lanza y la vuelve a clavar. Lo hace varias veces, con gestos heroicos, "a tempo".

El doctor salta fuera, las mangueras se apagan.

DENTISTA:

Estamos drenando. *(Sonríe ampliamente.)* Ahora que terminemos de drenar, empezaremos a buscar en serio ese dolor. Mientras tanto, relájese. Bertita, oigo sonar el teléfono.

ENFERMERA:

Sí doctor. *(Sale.)*

DENTISTA:

(Luego de prender la aspiradora y meterla a la boca.) Con permiso.

Nuevamente entra y clava la lanza, la música épica sigue. . .

De golpe el doctor resbala y cae. Se oye un enorme Gulp y acaba la música.

10. Entra la enfermera. Busca al doctor con la mirada, luego en los lugares más insospechados, en el basurero, en un frasquito, bajo una tapa.

ENFERMERA:

(Metiendo medio cuerpo en la boca.) ¿Doctor? ¿Doctor? ¡Dooooo-ooooooooor. . .!

SILENCIO OMINOSO

ENFERMERA:

Doctor: le habla su hermana por teléfono.

SILENCIO OMINOSO

ENFERMERA:

¿Doctor. . .?

TERCER SILENCIO OMINOSO

ENFERMERA:

¿Pasó el dolor? Espléndido. Cerrar.

La boca no se cierra. La enfermera se asoma dentro de la boca otra vez.

ENFERMERA:

Cerrar, ¿me oye?

De pronto la enfermera es succionada hacia el fondo de la boca; se resiste: se agarra de las paredes, de los labios, de los dientes, pero la atracción de la boca es potente. . . Por fin es tragada.

ULTIMO SILENCIO OMINOSO

FINAL